

LA ÉTICA DE LA INTELIGENCIA

Luis Alfonso Mejía Echeverri
Profesor de la Universidad de Caldas

PALABRAS CLAVE:

Ética, ambiente.

Cuando me invitaron a participar en este panel sobre "perspectivas éticas" pensé que lo hacían sobrevalorando mi conocimiento sobre la materia. Mi formación profesional está orientada a los aspectos biológicos de la enfermedad y mi formación filosófica, hacia la epistemología; tengo que confesar, pues, que mi participación en la ética ha respondido más a un interés personal y a que las circunstancias me han llevado, en varias ocasiones, a ocuparme de estos temas. No obstante, cuando los organizadores me aclararon que el objetivo es más la creación de un escenario para la reflexión que una exposición erudita, decidí aceptar en mi calidad de ciudadano de un país en el que sólo nos queda, como única alternativa, el replanteamiento de nuestros valores y nuestras pautas de comportamiento.

Como a todos ustedes, a mí, cuando era niño, también me dijeron cómo tenía que comportarme. Aunque, en el fondo, los de mi generación sentíamos la necesidad de saber por qué no podíamos matar, por qué no se podía "desear a la mujer del prójimo" y por qué teníamos que "amar a Dios sobre todas las cosas", sabíamos que esos preceptos -llamados mandamientos- no tenían discusión y que, en consecuencia, nuestros interrogantes eran preguntas ociosas. Como los tiempos cambian, y como el contacto con mis hijos y con mis estudiantes me ha ayudado a considerarme de la nueva generación, romperé el silencio de los que nacimos antes de los setentas y mostraré las respuestas que pudimos hallar para esas preguntas. Después de hacerlo, me atreveré a proponer perspectivas éticas, título y objeto de este panel.

La primera pregunta que me hago es: ¿Por qué la ética? Esta no es más que una forma elaborada de preguntar lo que me atormentaba cuando, siendo niño, una monja venida de la España de Franco me hacía morder la lengua cuando sentía la necesidad de preguntar: ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? El no haber tenido respuesta de mis mayores me hizo perder todo interés en lo que ofrecían los amos del conocimiento convencional; por eso tuve que repetir tres años cuando estudiaba secundaria.

Por la época del bachillerato, los preceptos religiosos embutidos en mi cerebro desde la más tierna infancia facilitaron la elaboración de respuestas que para la gente de hoy -y hablo de la generación que nació en los ochentas, más viva, más despierta y más inteligente que la nuestra- resultan totalmente insuficientes. Veamos rápidamente cuáles fueron las bases de esas respuestas:

En un principio, la cultura occidental sustentaba las normas del comportamiento humano en la aceptación de una ley natural; basada en una cosmogonía que explicaba, de manera aceptable para los antiguos, el comportamiento de la naturaleza, se desarrolló una sociedad compuesta por fuertes y débiles, ricos y pobres, nobles y parias, en fin, buenos y malos. Desde esa concepción naturalista fue fácil dar un salto del porqué basado en las leyes de un mundo misterioso al porqué basado en la, aún más misteriosa, ley de Dios; la ley de Dios fue la base que sustentó, en la filosofía, el dualismo sustancial y éste, basado en la idea de una sustancia pensante que por no ser material no puede morir, fortaleció a su vez en las mentes de los hombres la idea de un castigo eterno. Esa fue, al menos, la respuesta que pude extraer de lo que me enseñaron las monjas y los curas en mis años de instrucción religiosa.

La primera respuesta fue, entonces, que si nuestro comportamiento no se acomodaba a la ley de Dios, y con ello a la ley natural, nuestra alma recibiría el peor castigo -hoy, cualquier muchacho que se considere medianamente libre se ríe de tal explicación- pero la ciencia todos los días nos demuestra que los humanos somos micos bipedestres, longirinos e inteligentes, y que la conciencia humana se puede explicar desde la biología sin tener que acudir a entidades inmateriales. Esto hace tambalear la idea primitiva del premio y el castigo, y es una justificación aceptable para la actual conducta de nuestros jóvenes.

Si aceptamos -así como aceptamos que la nutrición no es más que la resultante de nuestra capacidad para asimilar los alimentos- que la conciencia humana no es más que la resultante de nuestra capacidad de pensar, ya no necesitamos explicar el mundo desde la creación por un ser perfecto, y ya no tendremos razones para afirmar que somos la máxima expresión de la naturaleza, el último eslabón posible en la escala evolutiva, ni el producto acabado de la creación. Pero esa visión de lo humano como humilde bestia elimina también las razones de nuestro comportamiento sobre la base de una ley natural o una ley divina a la que tenemos que someternos si no queremos sufrir condenación eterna. La herejía más aterradora de todos los tiempos ya está sembrada en nuestros cerebros: LA ÉTICA, ES BIOLÓGICA.

Si la ética es biológica y si hemos podido encontrar explicaciones biológicas a la depresión y al suicidio, no nos quedará difícil encontrarlas para la rabia y el asesinato o para la envidia y el robo, prescindiendo al mismo tiempo de conceptos menos materiales como son los valores, la ética y la ley. Una ética biológica acaba con nuestros deberes deontológicos y con nuestros deberes para con nosotros mismos y para con la sociedad. Si la ética es biológica, parece que poco importa si nos comportamos como santos o como bestias. Si afirmáramos que todo nuestro comportamiento es determinado por la biología, parecería que tenemos que aceptar que nuestras vidas no tienen puerta de escape del determinismo zoológico; los códigos morales, las legislaciones, los valores y otras realidades exclusivamente humanas perderían su punto de sustentación y nuestra especie estaría en peligro de extinción. Al mismo tiempo, la explicación biológica nos convence de que no tenemos más o menos derechos que los micos, las vacas o los murciélagos. La ley biológica es la ley de la jungla, y allí solo vale la supervivencia.

Pero nuestro compromiso en este panel no es el de mostrar un panorama tan desolador. Hemos venido aquí para hacer propuestas y a plantear salidas. Y, para hacerlo, partiré de ese animal que la ciencia nos muestra que es el ser humano.

La avasalladora cantidad de información científica que invade todos los instantes de nuestras vidas, repito, nos ha convencido de que no existe una razón por la cual tengamos que comportarnos de determinada manera. Entonces, debemos buscar una alternativa que, sin afirmar que somos cosas pensantes inmateriales, nos abra una puerta que nos permita escapar de este automatismo animal a un mundo en el que sea posible la libertad humana. En los siglos recientes ya se han abierto otras puertas, pero, al parecer, no nos condujeron al paraíso: Hace ya 300 años que un grupo de filósofos abrió la puerta hacia el liberalismo y, con ello, a la libertad de los individuos; los más inteligentes lo entendieron y tomaron ventaja. Siglo y medio después, los oprimidos se rebelaron contra los que se habían convertido en sus amos, y apareció el socialismo. He ahí los dos extremos del comportamiento de la sociedad en los últimos siglos. Por defenderlos, se ha derramado la misma sangre que se derramó en nombre de la religión.

Emmanuel Kant aceptaba que el humano es un animal. No puede entenderse de otra forma la afirmación de que "el primer deber del hombre para consigo mismo en calidad de animal, aunque no el más relevante, es la autoconservación de su naturaleza animal"⁽¹⁾. Lo que no sabía Kant era que el comportamiento de los animales y, por ende, el de las sociedades gregarias, está determinado por una compleja combinación de los componentes básicos del ADN. Si esto es así, no existe justificación para calificar la tendencia a la autoconservación como un deber; es mucho más simple considerarlo un comportamiento automático que nos permite sobrevivir y que, si falla, simplemente morimos.

No obstante ser animales, no somos bestias comunes y corrientes. Nuestros cerebros han evolucionado hasta el punto de permitirnos ser conscientes del mundo que nos rodea y de nuestros propios pensamientos, es decir, somos animales capaces de pensar, de preguntarnos por qué, y de tomar decisiones. Esas fueron las características que nos permitieron elevarnos sobre las demás especies -y fueron las mismas que les permitieron a las sociedades más fuertes elevarse sobre las más débiles-. Digamos, entonces, que nuestro cerebro es capaz de tener estados mentales y, digamos también, que la especie humana parece ser la única que los tiene.

La afirmación de que todos los fenómenos que tienen que ver con la vida del hombre se tienen que explicar desde el punto de vista físico se basa en la siguiente definición:

"...cualquier cosa digna de ser llamada un objeto físico debe durar una cierta cantidad de tiempo y debe poseer a lo largo de esta duración una cierta unidad y continuidad características, que está literalmente extendida en el espacio, que perdura e interactúa con otros objetos físicos en ocasiones en que no lo percibimos, que es perceptible, al menos teóricamente, por diferentes observadores al mismo tiempo y por los mismos observadores en diferentes momentos y que tiene al menos otra propiedad intrínseca además de las puramente espaciotemporales".⁽²⁾

Según la anterior definición de objeto físico, podemos buscar diferencias y semejanzas con lo que llamamos fenómenos mentales y, así, comprenderemos de qué manera los estados mentales son no físicos. Veamos:

Semejanzas: a) Los estados mentales duran cierta cantidad de tiempo y poseen, a lo largo de esa duración, una cierta unidad -por corta que sea- que les permite ser diferenciados de otros estados mentales; b) si aceptamos, con los materialistas, que los estados mentales tienen también manifestaciones físicas -como eventos electroquímicos o, mejor, como eventos cerebrales- no tendremos dificultad para comprender que los estados mentales se extienden en el espacio, perduran e interactúan con otros objetos físicos en momentos en que no los percibimos -eventos electroquímicos que interactúan con células y con otros eventos de igual naturaleza-; c) como fenómenos electroquímicos, los estados mentales pueden ser percibidos por diferentes personas y por las mismas personas en diferentes momentos; d) los estados mentales tienen, al menos, otra cualidad intrínseca diferente de la de ser espaciotemporales: generan calor y tienen cargas eléctricas en la materia cerebral. Todas estas características hacen posible la existencia, en el mundo físico, de los estados mentales.

Diferencias: pero estas afirmaciones no son del todo convincentes si de lo que se trata es de explicar el contenido de los estados mentales. Éste, aunque tiene cierta unidad de tiempo, perdura e interactúa con objetos físicos -no puede interpretarse de otra forma el que un deseo genere un movimiento muscular- no se extiende en el espacio, no es percibido por terceras personas y no tiene otras cualidades intrínsecas -desde el punto de vista físico-. Estas son, entonces, las características de los estados mentales que entran en conflicto con la teoría materialista. Puede verse que, para explicarlos, no es necesario acudir a la idea de entidades inmateriales.

Si aceptamos que los estados mentales son una característica cotidiana de la biología y no una sustancia inmaterial, abrimos la puerta para que nuestra conducta se libere de las ideas de premio y castigo y, al mismo tiempo, para que desde esos mismos estados nos veamos como diferentes a las demás especies. Esa fue mi segunda respuesta. Pero ésta sólo nos explica cómo fue posible que la humanidad llegara a este momento; nada nos dice de las justificaciones que necesita la nueva generación para seguir viviendo.

Ya he dicho que nuestras preguntas sobre el porqué de las cosas -incluida nuestra conducta- es insuficiente para los que nacieron después de los ochentas. Ellos en todo momento están preguntando ¿Para qué?, ¿para qué estudiar?, ¿para qué tener hijos?, ¿para qué seguir viviendo? y nosotros, encadenados a los porqués, no encontramos ninguna respuesta. El para qué, pues, es lo único que nos queda. Aunque parezca poca cosa, debemos aceptar que es lo único que tenemos en este momento para enfrentar la crisis universal que nos agobia. Ya sabemos que venimos de los micos, también sabemos que somos micos, sólo nos resta saber hacia dónde deben ir esos micos, y esa respuesta no se puede basar en conceptos sobrenaturales.

La ética del porqué fue útil para una sociedad ignorante; mediante esa ética fue fácil para los fuertes abusar de los débiles. Pero cada vez son menos los que aceptan que la ética nada tiene que ver con los propios intereses. La única perspectiva es, entonces, una ética teleológica, eminentemente utilitarista, en la que se considere que tanto la libertad como el respeto a los derechos del otro son nuestras principales herramientas para la supervivencia.

Si la ética del porqué consumió los recursos del planeta, la ética del para qué tiene que partir de la base de que el mayor patrimonio de la humanidad -si no el único que le pertenece por derecho propio- es la inteligencia. Por eso es que debemos cultivar la inteligencia de los jóvenes; eso no se hace de otra forma diferente que educando. Y si no se quiere desperdiciar inteligencia, la educación no puede ser sectaria ni elitista. Ya se han dado las condiciones tecnológicas que permitirán una educación masiva y sin discriminaciones. Lo que pasa es que los dueños de esa tecnología no la han puesto a disposición de la humanidad; muy al contrario, esa tecnología sólo ha servido para convertirnos en esclavos del consumo. Para cultivar la inteligencia, la educación deberá ser, además, gratuita y laica. Sólo de esa forma podremos aprovechar al máximo nuestro mayor recurso.

Una ética basada en el Para Qué es una ética de multitudes. A ella tienen que concurrir las propuestas de todas las culturas, de todos los partidos, de todas las religiones. El mundo nos ha quedado estrecho y, por eso, ya no será posible más opresión; las únicas alternativas que nos quedan son, o el consenso, o el estallido. En este planeta ya se está acabando el tiempo. Tal vez el Para Qué sea el camino más corto para lograr un mundo más justo, un planeta más sano y una sociedad más humana, en la que sean posibles la libertad, la igualdad y la solidaridad. Pero el primer paso tiene que dirigirse a la aceptación universal de que esos tres ideales justifican la supervivencia de la especie.

NOTAS:

1. KANT, E. La metafísica de las costumbres.
2. Interpretando el pensamiento de C. D. Broad en "The mind and its place in nature", citado por AYER A. J. La filosofía del siglo XX. Barcelona: Crítica, 1983. p. 198.

Close Window